

NEGRA *El estallido balcánico, un cuarto de siglo después*
POESÍA *El estallido balcánico, un cuarto de siglo después*
ARTE *El estallido balcánico, un cuarto de siglo después*

El estallido balcánico, un cuarto de siglo después



Anatomía de la locura que destruyó Yugoslavia

Manual de exilio, de Velibor Colic y Goran Vojnovic, ilustran la espiral de enfrentamientos que hace 25 años culminó en la guerra de Bosnia

Segundo Fuentes

El estallido balcánico, un cuarto de siglo después



“Es increíble la capacidad del hombre para adaptarse a la guerra”

Sólo era una sombra entre otras sombras, ni siquiera un prisionero era un desertor y un traidor”

Entrevista a Velibor Colic, autor de Manual de exilio

Hubo una vez un país...

Entrevista a Goran Vojnovic, autor de Anatomía de la locura que destruyó Yugoslavia

“Sólo era una sombra entre otras sombras, ni siquiera un prisionero era un desertor y un traidor”

Entrevista a Velibor Colic, autor de Manual de exilio

Hubo una vez un país...

Entrevista a Goran Vojnovic, autor de Anatomía de la locura que destruyó Yugoslavia

“Sólo era una sombra entre otras sombras, ni siquiera un prisionero era un desertor y un traidor”

Entrevista a Velibor Colic, autor de Manual de exilio

Hubo una vez un país...

Entrevista a Goran Vojnovic, autor de Anatomía de la locura que destruyó Yugoslavia

13 Cultura

Anatomía de la locura que destruyó Yugoslavia

Manual de exilio, de Velibor Colic, y Yugoslavia, mi tierra, de Goran Vojnovic, ilustran la espiral de enfrentamientos que hace 25 años culminó en la guerra de Bosnia

EUGENIO FUENTES

En algún momento de la primavera de 1997, un bosnio croata de 1,95, rubio y de ojos azules, se dio de bruces con la imperpetrante chulería de un aduanero húngaro. Cinco años atrás se habría sentido una mosca insignificante y habría deseado poder aplastarse a sí mismo con una de sus poderosas manos. Sin embargo, un lustro de exilio apátrida había templado su espíritu: “No tengo prisa alguna; es cierto que el aduanero tiene el poder, pero yo tengo todo el tiempo del mundo. El tiempo es el peor enemigo de los polis”.

El bosnio, Velibor Colic, tiene en esos momentos 33 años. Cuando tenía 27 vio cómo su país saltaba por los aires, presa de la fiebre nacionalista que en Yugoslavia sucedió a la extinción del comunismo de Tito. Creía Colic, y con él otros muchos, que el nacionalismo les depositaría a las puertas del reino de la libertad. Pero los arrojó a las simas de la guerra y la limpieza étnica. Tras el aperitivo esloveno —diez días de guerra en junio-julio de 1991; menos de un centenar de muertos—, estalló el duro conflicto croata, ese mismo julio, y nueve meses después, la guerra de Bosnia, apoteosis de la carnicería. Dentro de tres semanas se cumplirán 25 años.

Colic, que hasta entonces era un poeta con un programa de jazz y rock en la radio, fue movilizado por el ejército yugoslavo, pasó después al naciente ejército secesionista bosnio, desertó y fue hecho prisionero por los croatas, que lo acusaron de traición. Se escapó del campo, atravesó Croacia, Eslovenia, Austria, Alemania y, finalmente, llegó a Francia. En unos pocos meses había consumado el trayecto de escritor a refugiado, acumulando las condiciones de soldado, desertor y traidor.

Es precisamente su llegada a Rennes, la capital bretona, a finales del verano de 1992, la que señala el comienzo de *Manual de exilio*. Un texto autobiográfico en el que el autor de la celebrada *Los bosnios* (Periférica, 2013) confirma sus grandes dotes narrativas al abordar con una sólida aleación de crudeza, reflexión y humor —“llego a Rennes con tres palabras de francés por todo equipaje: Jean, Paul y Sartre”—el proceso por el que un hombre pasa a convertirse en “menos que nada”.



Manual de exilio
VELIBOR COLIC
Traducción de Laura Las
Periférica
240 páginas, 18,40 euros

Ese proceso de aniquilación de la persona se inicia con los temblores, los vómitos y el miedo que la guerra inflige al soldado. Sólo se escapa de ellos si se duerme un poco, pero esa huida tiene un precio, y es gravoso: el despertar. La degradación se prosigue con el persistente maltrato al desertor y traidor—croata en las filas bosnias— en un estadio reconvertido en gulag. Cuando, al fin, el coraje de escapar y la suerte de lograrlo dejan atrás las bombas, los gritos, la sangre y los culatazos, el hombre que fue una persona está preparado para ingresar en el reino de las sombras. Un reino de contornos sinuosos que Colic describe con la introspectiva precisión de quien ha descubierto las tres tablas de la nueva ley que le va a regir: “Mi lengua ya no significa nada”, “estoy lejos” y “ese lejos se ha convertido en mi patria y mi destino”.

Sobre esos cimientos, Colic edificará el retrato de un refugiado que, por su formación, se siente superior a sus compañeros de miseria, quiere volver a ser escritor y, a la vez, intuye que ese “orgullo estúpido e inútil” no es sino la negativa a aceptar que todos chapotean en la misma ciénaga. Un retrato construido con desesperación, humor, picaresca, amor y muchos merodeos, y alimentado por el conflicto entre el acoso de la memoria y la necesidad de olvidar. Un conflicto que Colic resolverá, esa es la clave, a través de la escritura.

El estallido balcánico, un cuarto de siglo después

E

ENTREVISTA

VELIBOR COLIC

Novelista, autor de Manual de exilio



“Es increíble la capacidad del hombre para adaptarse a la guerra”

“Sólo era una sombra entre otras sombras, ni siquiera un prisionero: era un desertor y un traidor”

E. FUENTES

El bosnio Velibor Colic, autor de *Manual de exilio*, revive para “Cultura” de LA NUEVA ESPAÑA cómo en 1992 el poeta y radiofonista de 28 años que era pasó a convertirse en soldado forzoso, desertor, “traidor” y, al fin, refugiado. Se recuerda como una sombra entre sombras, acepta que, tras la ruptura con su patria, la escritura se ha convertido en su único modo verdadero de viajar a Bosnia y explica que la determinación de suicidarse, que iba aplazando de semana en semana, fue lo único que le permitió mantenerse con fuerza para seguir vivo durante su odisea.

—Usted pasó de la noche a la mañana de ser poeta y tener un programa musical de radio a ser reclutado por el Ejército a la fuerza. ¿Cómo recuerda ese momento preciso en el que le sobrevino la ruptura de la normalidad? —La guerra es violenta, absurda, sangrienta... Pero la capacidad del hombre para adaptarse a ella es increíble. Muy pronto, como tanta otra gente, empecé a vivir la guerra como una evidencia. Con otras reglas, por supuesto, pero en cualquier caso con reglas. Durante algunos meses fui soldado en contra de mi voluntad. Después deserté del, llamémosle así, Ejército “republicano” (bosnio). Entonces dejé de ser un soldado. Ya no era nada. Era el desertor.

—Un peldaño más hacia el abismo. —El 23 de julio de 1992, en un estadio de fútbol reconvertido en campo de internamiento, aprendí una palabra que era aún “peor” que la palabra “desertor”. “Traidor”, me soltó un oficial croata. “Eres un traidor de mierda. Es que no sé si estoy soñando o qué”, decía. “¡Un croata en el ejército de los moros!”. Yo no decía nada. “Antes de la guerra era un hombre”, pensaba, “y ahora me he convertido en un insulto”.

—¿Cómo eran las condiciones de vida en el campo? —Estaba encerrado en un estadio de Slavovski Brod, una ciudad croata que de repente se había convertido en frontera, con otros 3.000 hombres: musulmanes bosnios, serbios y algunos “traidores” croatas como yo. Lo que hasta entonces no eran más que escupitajos de vieja loca se transformaron en las porras de nuestros vigilantes. Era ahí, en el odio visceral, en mi nariz rota, en mi mandíbula dislocada, donde residía toda la diferencia entre esas dos palabras: desertor y traidor. El resto casi carecía de importancia: los pantalones sin cinturón, los zapatos sin cordones, la cabeza rapada. Mi vigilante me humi-

“El refugiado es nuestro espejo. Si tenemos odio en la mirada, se va a reflejar en él, igual que si tenemos amor”

Aunque parezca extraño, la idea de un suicidio aplazado continuamente me ayudaba a continuar

llaba. Me golpeaba con la culata de su kalachnikov o con sus botas militares. Yo iba acumulando las heridas y me callaba. Sabía que ya no significaba nada para nadie. Sólo era una sombra entre otras sombras, ni siquiera un prisionero. Era un desertor y un traidor.

—¿Cuándo empezó a temer que las connotaciones políticas desembocasen en una guerra? —Tardé en hacerlo. Es muy complicado analizar las cosas cuando se las tiene tan cerca. En esa época, el ascenso de los nacionalismos se hacía evidente. En cierta manera estaba de moda. Tras más de cuarenta años de comunismo, tocábamos “la libertad”. La verdad es que no tengo excusa, salvo tal vez mi relativa juventud, 28 años, pero no vi nada. Para mí el nacionalismo era sólo una fase necesaria para alcanzar la democracia. Por desgracia, estaba completamente equivocado.

—Cuando por fin llegó a Francia como refugiado, ¿le quedaban tiempo y fuerzas para seguir los acontecimientos de Bosnia? O la necesidad de olvidar le impedía a no querer saber nada de lo que había dejado atrás. —La contradicción, una magnífica contradicción, se resuelve en la escritura. Recordaba y, para olvidar mejor, escribía. Es un equilibrio frágil, un ejercicio peligroso. ¿Se da cuenta? Pasar por la memoria para olvidar.

—Veinticinco años después, ¿cuáles son los recuerdos de aquellos primeros días que más le duelen? ¿Lengua, memoria, miseria material, sentir que se es invisible para los franceses? —En realidad, lo más duro no tiene que ver con mi llegada a Francia sino con el paso de las fronteras. Ese fue el momento en el que entendí que era un refugiado. El 20 de agosto de 1992, en la frontera eslovena, tras ser soldado, desertor y traidor, mi biografía se había completado con una cuarta palabra. Me sentía muy incómodo, y sudaba, delante de aquel joven aduanero esloveno. Él tenía un uniforme bonito, un país, una casa y tres comidas al día. Su sonrisa era irónica. También él lo sabía, podía leerse en mi rostro: yo era el soldado, el desertor, el traidor y, ahora, además, era el refugiado. Menos que nada.

—Y le tocó atravesar varias fronteras. —Todavía estaba en la primera de las cuatro que me separaban de mi exilio en Francia. Evidentemente no tenía “nada que declarar”. Salvo un cuerpo dolorido, una cicatriz en la nariz, tres

dientes rotos y mi cabeza rapada de prisionero. Un pasaporte yugoslavo, algunos libros, una toalla verde clara, una bolsa de deportes sucia y vieja, un tubo de dentífrico, un jabón y un neceser de afeitado que le había cogido a mi padre. Un chándal verde que no era de mi talla, dos bolígrafos, un walkman blanco que apenas funcionaba y dos casetes: Magic and Loss, de Lou Reed, y Grandes éxitos de Leonard Cohen. Un cinturón militar y una cartera en bandolera, de simipiel, comprada en Sarajevo en 1983. Además de un visado que me autorizaba a permanecer 26 días en Francia. “Nada que declarar, señor aduanero”, le dije. “Nada. Sólo el rostro del que se va”. “Vale, puedes pasar”, me dijo. “Pero no vuelvas”.

—¿Y ha vuelto? ¿Qué siente por su antigua patria? —Sí que he vuelto. Y no sólo a Bosnia, también un poco a Croacia y a Montenegro. Pero de turista. ¿Sentimientos? Sin importancia. Mi país y yo nos hemos perdido el uno al otro. Mis verdaderas visitas están en mis libros.

—Ha escrito en “Manual de exilio” que todos los días, hacia las cuatro de la tarde, dejaba sus planes de suicidio para el día siguiente. ¿Perdió muchas veces la esperanza de salir adelante? —Continuamente. No estaba preparado, nadie está nunca preparado para el exilio. Es un combate gigantesco, un trabajo de Sísifo. Volver a subir, volver a empezar, todas las mañanas. Aunque parezca extraño, la idea del suicidio me ayudaba a continuar. El tino por la mañana me decía: “Vale, tiro la toalla. Me suicido el viernes que viene”. Y era como un milagro: mi vida se volvía más fácil, ya no me importaba nada. Aguantaba la semana con más facilidad. Era un futuro suicida, así que...

—Europa se escabulló de sus obligaciones morales hacia los yugoslavos. Hoy lo vuelve a hacer con los sirios y otros refugiados islámicos. ¿No está cavando su tumba a golpes de cobardía? —Pienso que el refugiado es nuestro espejo. Si tenemos odio en la mirada, se va a reflejar en él, igual que si tenemos amor. Por desgracia, en los siglos XX y XXI nuestra bella Europa ha sido cobarde muy a menudo. En Polonia en los años 30, en Stalingrado poco después, en Sarajevo a finales de siglo. Es una pena, pero nuestro valor parece haberse esfumado en las pantallas planas y en los pisos con excesiva calefacción, en las comidas demasiado grasas y en nuestras democracias envejecidas.